

Teatro en casa

Un drama y dos comedias

CLARA M. GUERRERO LOZADA
Universidad Industrial de Santander,,
colección Generación del Bicentenario,
Bucaramanga, 2010, 187 págs., il.

A MEDIDA que la avalancha audiovisual coloniza todos los ámbitos, nos acostumbramos a que el teatro, un arte en el que una representación nunca es igual a otra, privilegie la apropiación innovadora de los diferentes espacios escénicos, la interacción de los actores con el público a través de una amplia variedad de prácticas interpretativas que pueden centrarse en el gesto dramático o inclinarse hacia la danza o rescatar las máscaras, la ventriloquia o los malabares circenses, en busca de puestas en escena que desborden lo convencional, para reclamar de los espectadores una participación cada vez más activa. Asimismo nos habituamos al uso creativo de las imágenes, la música y las luces, y a que los textos bordeen el silencio o se hagan eco de la sonoridad y la exuberancia barrocas, para mencionar los extremos. Nos acostumbramos, incluso, a la imperfección de la obra teatral, como una forma de trastornar y retar, como una manera de zarandear al individuo que se arrellana en su silla y provocar su reacción y compromiso. En esta atmósfera estética, a veces muy crispada, lo político, lo existencial, lo transgresor y lo iconoclasta se presentan con mayor o menor acierto, en persecución de un ideal artístico que procede de la antigua Grecia.

Por supuesto, medra también un muy promocionado teatro comercial, que le hace el juego a las comodidades y el tapete rojo de la farándula (¿televisiva?), a sus frivolidades temáticas, y también subsiste un teatro que con recursos limitados intenta forjar una práctica en comunidades sin mucha tradición o con intermitencias notables, apostándole más al futuro que al presente.

Este último parece ser el origen de *Un drama y dos comedias* de Clara Maritza Guerrero Lozada, volumen compuesto por tres piezas cortas estrenadas entre 1999 y 2007 por la agrupación teatral de la Universidad

Industrial de Santander y el Teatro Arte de Bucaramanga.

Un convento de puro cuento, la primera de las comedias, recurre hasta al nombre de los personajes –Sor Altagracia de la Reencarnación con Gozo Concebida, Padre Santo de la Perpetua Abstinencia–, para generar humor sin muchas complicaciones, en una trama sencilla que al final, como en los episodios románticos que intercaló Miguel de Cervantes en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, se resuelve con el reencuentro de la pareja protagónica y con las desfachadas decisiones de vender los terrenos del fallido convento –tan inaccesible que ni la guerrilla va– a una compañía maderera y de asociarse todos en la fundación de un colegio que le sonsaque los alumnos a los otros colegios religiosos de la ciudad. “¡El amor mueve montañas, pero el dinero mueve el mundo!”, concluye la Madre Superiora, quien se empeña en que sus amigos le digan en adelante tan solo Marilú.

Por su parte, *Adiós a mi barba*, aún más breve, tampoco es una comedia compleja. El final feliz que consiguen los tres personajes femeninos, Lucía, Ana María y Bárbara, en medio de un puente, sobre una autopista, hace pensar que nos encontramos más frente a un ejercicio, un entremés de calentamiento de la autora, que ante una obra cabal.

Mucho más ambicioso es *La culebra Pico de Oro*, drama que debe su nombre a una sociedad democrática de artesanos fundada en Bucaramanga en 1869, que entró en conflicto con los comerciantes, muchos de ellos extranjeros, que al amparo del libre comercio auspiciado por el gobierno federal, se hicieron al poder en el Estado Soberano de Santander. Teatro de tesis en toda la línea, los personajes representan uno y otro de los bandos en conflicto, a través de cuatro actos y una serie de escenas que permiten los cambios de decorado necesarios para que el conflicto sea comprensible. Un telón de boca blanco sirve para contextualizar los hechos a través de la proyección de fotografías y pequeños videos. Nicolás Ordóñez, un próspero comerciante, concede la mano de su hija Mariana a su socio, Franz Schrader, pese a que ella está enamorada

de Antonio Suárez, fiel empleado de Ordóñez y compañero de infancia de la muchacha. Celestino Suárez, hermano de Antonio, es uno de los líderes de *Los Pico de Oro* y dirige sus esfuerzos a ganar las elecciones que les permitan oponerse al poder de los comerciantes. Ambos conflictos se resuelven de manera violenta el 7 y 8 de septiembre de 1879 y mientras Antonio es asesinado por Schrader, Mariana lo vengá y termina con sus huesos en un convento. Celestino va a dar a la cárcel y los gobiernos estatal y nacional se ven obligados a desagraviar a Alemania por la muerte de sus ciudadanos. La obra culmina con la lectura extradiegética de un fragmento de la novela de Pedro Gómez Valderrama, *La otra raya del tigre*, y el espectador, en este caso el lector de la obra, termina pensando que a este episodio tan significativo, ejemplo claro de lo que fueron los procesos sociales y políticos en nuestro agitado siglo XIX, le hubiera convenido un manejo más profundo, que no se decantara tan fácilmente hacia lo maniqueo.

Las tres obras englobadas por *Un drama y dos comedias* tienen sus méritos, pero carecen de la fuerza suficiente para superar los límites de un teatro en casa.

Octavio Escobar Giraldo

Universidad de Caldas